

IGLESIA EN EVOLUCION

guión

En su número de primero de enero de 1965 publican "Les Informations Catholiques Internationales" una encuesta internacional —desde Finlandia hasta Chile— sobre las reacciones provocadas por el Concilio en el mundo católico. Junto a una masa considerable de indiferentes —o de deficientemente informados— hay, por una parte, pequeñas minorías de activistas hostiles, que pretenden ignorar el Concilio, o disminuir su importancia, o incluso pasar a la acción directa, como en los Estados Unidos o en Francia, donde algunos temen que la extrema derecha se transforme en una verdadera secta político-religiosa.

Por otra parte hay un grupo de desilusionados: los que desean el cambio por el cambio y sueñan, ilusoriamente, que el mero

PROYECCION

hecho de cambiar será la solución mágica de todos los problemas. Pero entran también en este grupo los que sinceramente esperaban del Concilio un "aggionarmento" más radical, más palpable, y ante la lentitud, los roces y las limitaciones inevitables del procedimiento, se sienten cansados y desilusionados.

Hay otros que sienten simplemente malestar, una inquietud indefinible, el sentimiento de haber perdido la antigua seguridad, la tristeza de perder ese conjunto de cosas, pequeñas y familiares, que constituyen el hogar propio; el miedo de que ese edificio monolítico, incommovible, que es para ellos la Iglesia, empiece a mostrar grietas, precursoras de la ruina.

Finalmente, y esto es sin duda un consuelo, está esa gran masa de pueblo, dócil y sano, que acepta alegre y espontáneamente, sin hacer de ello problema, las reformas, las pequeñas reformas, litúrgicas sobre todo, que son las que más de cerca le tocan.

Naturalmente todas las actitudes de indiferencia o de hostilidad o de desilusión dan preocupación a la Iglesia. Repetidas veces se ha quejado S.S. el Papa Pablo VI de las resistencias opuestas a la reforma litúrgica o del minimismo en la aplicación de la misma reforma; se ha quejado también de los ataques que tienden a desacreditar al episcopado francés y lamenta también los extremismos que parecen dispuestos a hacer tabla rasa del pasado entero.

Pero es sobre todo el grupo de los desconcertados, de los turbados sinceramente por las reformas del Concilio; por las reformas reales (Litúrgicas, Colegialidad episcopal, ecumenismo) y por las que algunos creen proveer (¿control de natalidad?) el que debe retener de un modo preferente nuestra atención desde el punto de vista pastoral, porque es el que parece más inerme frente a las resoluciones del Concilio y frente a los problemas actuales.

Es evidente que en este grupo actúa un componente afectivo hacia el pasado, que se hace particularmente sensible en pequeñas comunidades católicas, dispersas entre grandes masas no católicas (polacos refugiados en Finlandia, minoría católica inglesa etc.). Para estos la Iglesia Católica se identifica fácilmente con una fisonomía concreta, en la que todos los rasgos se hacen, afectivamente, no intelectualmente, igualmente importantes. Esta actitud, aun en lo que tiene de sentimental, es digna de todo nuestro respeto y comprensión. Para un polaco, emigrado en Finlandia, la misma incomprendibilidad de la lengua latina de la Liturgia es un vínculo de unión con un pasado que vive, idealizado, solamente en el recuerdo.

PROYECCION

Pero en el fondo de esta actitud de apego a todo ese complejo de costumbres, de tradiciones, tal vez relativamente recientes, pero que se consideran como "lo que se ha hecho siempre", en esta actitud, que no se limita naturalmente a esas pequeñas minorías, podemos encontrar otras razones que hacen necesaria una reeducación, o al menos, una reflexión sobre la naturaleza de la Iglesia y sobre el tiempo en el que vivimos. Esta reflexión tal vez haga comprensible a toda esta gente de buena voluntad la significación del momento por el que la Iglesia atraviesa en el día de hoy.

"La Iglesia terrestre, dice la constitución dogmática sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II, y la Iglesia enriquecida con dones del cielo, no se deben considerar como dos cosas, sino que forman una realidad compleja, constituida por el elemento divino y el elemento humano. Por eso se asemeja al misterio del Verbo Encarnado con una analogía no despreciable". (n. 8).

Este doble elemento de la Iglesia, que la asemeja de alguna manera a Cristo, hace que las mismas herejías que han puesto en duda la realidad de alguno de los elementos —divino o humano— en Cristo, se repitan también con relación a la Iglesia. Curiosamente la primera herejía cristológica, el docetismo, no negó la realidad divina, sino la realidad humana de Cristo. Esta herejía, con toda una gama de matices, sigue siendo la gran tentación de la Cristología, que siempre tiene tendencia a negar las implicaciones totales de una verdadera "encarnación". Y esta misma tendencia se repite con relación a la Iglesia. Para salvar su elemento divino se atenúa la realidad de su elemento humano, o al menos las implicaciones reales que supone el aceptar, sin restricciones, la realidad de este elemento humano.

Ahora bien, una de las dimensiones de lo humano es lo histórico. Ser historia significa, paradójicamente, no ser, sino acontecer; es decir, no ser en cada momento un ser completo y terminado, sino realizarse en la decisión del momento, que incorpora el pasado y proyecta el futuro. Es precisamente nuestra época la que se ha hecho consciente de esta dimensión esencial de lo humano, que con su carácter de libertad y responsabilidad, de devenir y de contingencia, no es comprensible a la razón cartesiana, matemática, ni reducible a las "ideas claras y precisas". Por su carácter de perpetuo devenir, de realización, elude toda definición exhaustiva. No es, como algunos creen, el deseo de limar aristas a una verdad difícil de admitir, o al menos no siempre es ese deseo el que nos lleva a tener en cuenta la existencia en la realidad de zonas crepusculares, difícilmente definibles y clasificables. Es que la verdad histórica no tiene los límites precisos de una figura geométrica. Y la

PROYECCION

Iglesia, precisamente por ese su componente humano, que no tenemos que minimizar, no puede escapar a esta ley de la historia. No se trata, naturalmente, de que ahora la Iglesia empiece a estar en la historia, sino que hay momentos en los que la conciencia del movimiento se hace más aguda. La Iglesia ha pasado por crisis, crisis de movimiento, tal vez más agudas que la actual. El paso de la Iglesia de la cultura semítica a la helénica y de ésta a la romana fueron pasos equivalentes, al menos, al que tiene que realizar, y está realizando ahora, con el paso a la pluralidad de las lenguas y de las mentalidades. Pero ahora tenemos conciencia refleja del problema que eso significa.

Tenemos conciencia también de que la ausencia de límites definidos nos acompaña por todas partes. Si nos mantenemos sólo dentro del campo de la conciencia nos damos cuenta de que los límites entre conciencia individual y colectiva, responsabilidad y falta de responsabilidad, culpabilidad e inocencia no se pueden deslindar con la claridad que en muchas ocasiones sería deseable. Nada tiene de extraño que, dentro de esta situación y de esta mentalidad, los límites entre el ortodoxo y el hereje (no entre la ortodoxia y la herejía) se hagan menos duros y precisos y la Iglesia prefiera hablar de hermanos separados.

Tal vez hubiera sido más cómodo vivir en el universo cartesiano, claro y preciso como una tabla flamenco. Pero no somos nosotros los que hemos elegido el momento y la situación de nuestra existencia. Pablo VI reconoce la dificultad de la situación que nos ha tocado vivir (cada época tiene la suya). En una alocución a los post-graduados católicos, tenida el día tres de enero pasado, dice: "Nos parece que os comprendemos en tantos problemas vuestros y especialmente en el estado de ánimo que caracteriza nuestro tiempo y que tiene un sello de sufrimiento y de espera en aquellos que tienen la fortuna de poseer un patrimonio de verdad, un castillo de ideas sólidas y sagradas: queremos decir, el estado de ánimo del problematismo. Todo se ha convertido hoy en problema y no por un ejercicio de virtuosismo escolar, sino por un cambio real de los datos objetivos. Todo tiene que ser repensado, analizado, casi desintegrado en sus elementos esenciales y accidentales, para ser reconstruido, dejando fuera los accidentales y utilizar los esenciales en construcciones nuevas, aptas para absorber la aportación de las nuevas experiencias. Os comprendemos y comprendemos también cómo los grandes acontecimientos renovadores, que están madurando en el campo mismo de la vida católica, pueden haber aumentado esta incertidumbre práctica del pensamiento y esta fatiga por recuperar fórmulas mentales seguras e indiscutibles" (L'Osservatore Romano 4-5 de enero de 1965).

PROYECCION

Es claro que este margen de incertidumbre de que habla el Papa no debe ser ocasión de abandonarse a un escepticismo práctico o teórico. A lo que el Papa nos exhorta es precisamente a la lucha constante para que ese "castillo de ideas sólidas y sagradas" pueda ser incorporado en "construcciones nuevas, aptas para absorber la aportación de las nuevas experiencias". Es decir, el Papa nos exhorta a una fidelidad no meramente estática, sino dinámica y precisamente por eso más delicada y más responsable. La fidelidad que se sabe por una parte apoyada y condicionada por lo inmutable del elemento divino de la Iglesia, y por otra se siente comprometida en el progreso histórico y en la adecuación al momento presente, que requiere el elemento humano de la misma Iglesia. Estos son los hombres, hombres fieles y actuales, que necesita ahora la Iglesia para hacer posible la renovación iniciada por el Vaticano II.

Y esto es lo que hay que hacer comprender a todos aquellos que se sienten preocupados o asustados por los cambios iniciados por el Concilio Vaticano II.

